



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana, en la ordenación sacerdotal de Jorge Luis Pérez Soto.**

**S.M.I. Catedral de La Habana,
12 de abril de 2008.**

Queridos hermanos y hermanas

Querido Padre Jorge Luis, como te llamarán todos desde hoy por haberte llamado el Señor y marcarte con su sello para que participes con El en la misión de pastorear su rebaño en esta porción del pueblo de Dios que es la diócesis de La Habana. Porque desde hoy recibirás el carisma que te habilita para ejercer tu misión de pastor.

La figura del pastor emerge con claridad en las tres lecturas proclamadas en esta ocasión. Es precisamente Pedro, el príncipe de los pastores, quien aparece mostrándonos qué es y cómo se realiza el oficio de pastor.

En los primeros capítulos del libro de los Hechos, que leemos en la celebraciones eucarísticas del tiempo Pascual, la figura de Pedro domina la escena. Es él quien, con palabra encendida, anuncia en Pentecostés que el Cristo muerto en la Cruz, entregado por muchos de su pueblo, ha resucitado y vive ahora de modo nuevo y excelente en aquella comunidad naciente de discípulos. No será otro el tema que anuncie Pedro ante el Sanedrín, ante los mismos jueces que

condenaron a Jesús, de los cuales él se escondió con temor y vergüenza, diciendo ante un grupo de curiosos que no conocía a ese hombre. Y después, lleno de arroj, lo proclama una y otra vez en el Templo, delante de los notables del pueblo que lo encarcelan a él y a Juan y que exigen que no se hable más de aquél Jesús, cuyo nombre no se atreven a pronunciar. Pedro esgrimirá ante sus jueces el argumento de la fe que obliga a obedecer a Dios antes que a los hombres, y lo sueltan de la cárcel por temor a una revuelta del pueblo, y el pueblo lo escucha y lo siguen miles. Es su función de pastor que proclama la Palabra, que no puede dejar de proclamarla, que tiene un encargo de Dios para ser portador del mensaje que anuncia a Jesús muerto y resucitado.

En la lectura de hoy aparece Pedro no precisamente ejerciendo el ministerio de la Palabra, sino en su misión de visitar los grupos y las comunidades creyentes. Es una visita pastoral de aquel que, como su Maestro, anima y sana, que no solamente habla en nombre de Jesús, sino que también actúa en su nombre y levanta al postrado y llega a devolver la vida a los muertos. Su misión pastoral queda iluminada completamente con estas escenas descritas por el libro de los Hechos. El pastor cumple también su misión visitando, sanando, dando vida, y lo hace en obediencia al Dios que lo ha llamado, en nombre de Jesús y sobre todo, con el poder recibido de Dios. De modo que toda iniciativa viene de lo alto, el

llamamiento, y el carisma, que incluye la Palabra y el poder de curar, de sanar, de santificar.

En su primera carta habla Pedro como Pastor experimentado a los otros pastores de cómo debe cuidarse el rebaño con un corazón abierto, acogedor, comprensivo, sin buscar beneficios propios y mucho menos ningún tipo de ganancia material o social, es decir, como el servidor que entrega su vida para que sea su Maestro y Señor quien actúe a través de él.

En el relato evangélico Pedro cierra con una frase concluyente y realista la larga secuencia del discurso del Pan de Vida, donde Jesús se revela como el Pan Vivo bajado del cielo y nos dice que nos dará a comer su carne y a beber su sangre. Por ello encuentra incompreensión y rechazo aún de sus discípulos, y es una vez más Pedro quien parece hablar en ese momento difícil en nombre de todos los apóstoles, pero no con la vehemencia de otras ocasiones, como cuando dijo a Jesús que no podría llegarle a El el sufrimiento horrible de su pasión y Jesús le pidió que se alejara de El porque pensaba como los hombres y no como Dios. No es una frase cargada de emotividad la que dice Pedro ahora, como aquella de la última Cena, cuando proclamó ante todos una fidelidad a Jesús que sería mayor que la de los otros, diciéndole que nunca lo dejaría ni aunque sufriera la muerte, pero negándolo atemorizado poco tiempo después, antes que el gallo cantara, como se lo anunciara su

Maestro. Por esta vez Pedro habló sensatamente, llegando hasta donde podemos los seres humanos cuando se trata de aceptar las realidades que nos sobrepasan: *“Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios”*. Pedro habló confiándose a Jesús, adhiriendo a su persona, queriendo decirle al mismo tiempo su debilidad, su vacilación y su certeza, proveniente toda de reconocerlo a El como el Señor. Muchos de los discípulos de Jesús, al oírlo decir que su carne era verdadera comida y que su sangre era verdadera bebida dijeron: *“esta doctrina es inadmisibile, ¿quién puede aceptarla?”* El Señor les respondió que es el Espíritu quien da vida, que ver y analizar las cosas de modo simplemente humano de nada nos sirve, e insistió: *“por eso les dije que nadie puede aceptarme si el Padre no se lo concede”*. Fue entonces cuando muchos discípulos lo dejaron y Jesús preguntó a los doce: *“¿También ustedes quieren marcharse?”*, y vino aquella respuesta de Pedro, franca y realista, que sólo puede inspirar en nosotros la fe esclarecida por el Espíritu Santo: *“Señor, a quién iríamos sino a ti”*.

Querido Jorge Luis, con esta sinceridad, sabiendo que tu respuesta definitiva al Señor es una andadura de fe, un don del Espíritu que da vida, reconociendo que todo no se comprende, que la sublimidad del sacerdocio nos sobrepasa, pero confesando al mismo tiempo que

Cristo es el Santo de Dios, que tiene palabras de vida eterna, podrás entregarte confiadamente a El.

En realidad los discípulos que abandonaron a Jesús y Judas que no lo abandonó visiblemente en aquellos momentos, pero que ya había encaminado sus pasos por otras vías, no pudieron admitir esa doctrina del Maestro, porque no aceptaban que El era el pan vivo bajado del cielo, que El provenía del Padre, que El era el enviado de Dios. Cuando Jesús les dijo que ellos lo buscaban porque se habían llenado de pan, y que debían buscar el alimento que colma los deseos del espíritu humano, ellos preguntaron qué trabajos quería Dios que realizaran para agradarlo. Y Jesús respondió: *“El trabajo que Dios Padre quiere es que me conozcan a mí, su enviado”*. Es nuestra relación con Dios la que Jesús les pide. No se trata del quehacer, de las obras, de la actividad y aún menos del activismo, se trata del conocimiento de Cristo, de la intimidad con El, (que es esto lo que conocimiento significa en la literatura bíblica). Ni Judas ni los discípulos que se retiraron aquel día llegaron a esa intimidad con Jesús. Para ser fieles, para levantarnos de nuestras miserias, para superar los desánimos, para poder seguir a Cristo hasta la Cruz y hasta la luz, hace falta la intimidad con el Señor, reconocer que El viene de lo alto, saber que es el Espíritu el que da vida y puede abrir nuestros ojos para que lo veamos también en las horas de oscuridad y de vacío. Hay que comprender que todo viene de arriba, que

nosotros somos los receptores de dones extraordinarios y portadores de esos dones para los demás.

Pero debemos notar que al final de las palabras del gran discurso de Cafarnaúm, el lenguaje de Jesús se vuelve más sacrificial y eucarístico: *“Mi carne es verdadera comida, mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él”*. Se trata para el discípulo de hacer sitio a la persona de Jesús en su dimensión eucarística. Es, en último término la Eucaristía, lugar de unión del creyente con Cristo, la que hace al discípulo tomar la opción de quedarse con El o abandonarlo. Permanecer en Cristo, en su amor, es la actitud espiritual indispensable para acercarse al misterio del sacerdocio ministerial cristiano, que es compartir el ser y la acción de Cristo, Buen Pastor, considerando que toda la iniciativa en este dominio sagrado viene de lo alto: el llamamiento, la acción del Espíritu que dispone al hombre para la respuesta decidida al Señor, la consagración que confiere el carisma sacerdotal, el ministerio que acompaña esta consagración, el poder espiritual que hace a Cristo dinámicamente presente en la Eucaristía, en la acción sacramental y en todo el quehacer sacerdotal. Todo es recibido como regalo que no nos pertenece, pues nos pone al servicio de la comunidad.

Este es el sentido y la importancia de la imposición de las manos en la consagración sacerdotal. El ministerio eclesiástico post-apostólico

se transmite siempre por medio de la imposición de las manos por parte de un ministro autorizado. Es un signo sacramental que aparece ya en los escritos del Nuevo Testamento. En la tradición judía, al conferir el ministerio rabínico, se usaba la imposición de manos como un rito de concesión, que transmitía el poder del Espíritu de Dios y la autoridad para hablar y actuar en nombre de Dios. Pero la imposición cristiana de las manos significa, sobre todo la vinculación con Jesucristo y con el origen apostólico de la Iglesia. Es el Espíritu transmitido por Cristo el que llena al hombre que es consagrado y se apropia de él para que desempeñe el ministerio eclesialístico.

Por eso en el Concilio Vaticano II a la ordenación se le llama consagración (PO # 12, Presbyterorum Ordinis). “Ser consagrado significa dedicarse a sí mismo y ser destinado por Dios para el servicio, para una misión especial. Por ese motivo en la ordenación se ora implorando al Espíritu Santo y se confiere de un modo especial el don del Espíritu Santo”. Dios, a quien ha sido llamado por El, le confiere el carisma que lo capacita para desempeñar el ministerio y lo convierte en instrumento del Señor. De tal manera que ministerio y carisma no son realidades alternativas. La designación para el ministerio se efectúa en una acción que confiere justamente un carisma especial del Espíritu Santo. La imposición de las manos significa también que no se trata de la asignación que

hace la Iglesia para el ministerio eclesiástico como la colocación de alguien en un puesto o la otorgación jurídica de algún título y competencia, sino como comunicación del Espíritu. En la ordenación no se certifica un carisma existente, sino que se confiere el carisma sacerdotal. El carisma sin ministerio se puede convertir en exaltación entusiasta, en fanatismo y puro subjetivismo y el ministerio sin carisma quedaría empobrecido y se podría convertir en un ejercicio de poder, en un clericalismo.

La imposición de manos no significa que el carisma fluya del consagrante al consagrado, sino que es un don inmediato de Dios, un don del Espíritu Santo mismo y en la misma ordenación se implora ese don por toda la comunidad reunida en oración, de forma tal que se vea que en la ordenación acontece en el consagrado una cosa que es para toda la Iglesia y que el mismo Señor se vincula a aquel que ha elegido para seguir concediendo sus dones eficazmente a todos los hombres. La imposición de las manos integra al consagrado en el presbiterio y entra así el sacerdote en la sucesión del ministerio apostólico, el don recibido lo incorpora al ministerio apostólico. Ese venir de lo alto que es tan propio del cristianismo, ese “ser de fuera”, como dice el papa Benedicto XVI, es algo esencial en la Iglesia. Dice al respecto el Cardenal Ratzinger, nuestro Santo Padre actual: “La imposición de las manos no es primariamente símbolo de una concesión de poder por parte de la comunidad, sino que es símbolo

de que la potestad espiritual en lo cristiano no procede de abajo y de dentro, sino de arriba y de afuera, es decir, es símbolo de la acción del Espíritu mismo que no depende de la comunidad”.

Si la imposición de manos es el signo de la consagración del presbítero que recibe por ella el carisma que lo capacita para el ministerio sacerdotal, el encargo de celebrar la Eucaristía es la más distintiva entre las tareas fundamentales del ministerio eclesial. Veíamos en la predicación de Pedro en el libro de los Hechos que el Señor mismo es quien se hace presente en las palabras del apóstol y viene a los oyentes que escuchan con fe. Sin embargo, la palabra no es la única manera de autocomunicación del Señor. También lo son el bautismo y la Eucaristía y los demás sacramentos. Pero palabra proclamada y sacramento siempre están relacionados entre sí. Y así las palabras que nos transmiten Lucas y Marcos están de acuerdo en que Jesús puso en relación el don del pan y de la copa de vino con su inminente muerte. En la Cena Jesús anunció ya la salvación final como fruto de su muerte. La Eucaristía es así el sacramento por excelencia.

Todos los sacramentos actualizan de alguna manera el sacrificio de Cristo, pero sólo la Eucaristía hace presente el propio cuerpo, la propia sangre de Cristo en el instante del sacrificio: su cuerpo inmolado, su sangre derramada. La Eucaristía es, de modo eminente, el medio de enlace entre la ofrenda existencial de Cristo y la

ofrenda existencial del cristiano. Con más claridad que en ninguna otra actividad, el sacerdote es en la Eucaristía sacramento de Cristo mediador. El sacerdote no habla, no actúa en la celebración eucarística a título personal, sino “in persona Christi”. La Eucaristía sitúa en el centro de la espiritualidad presbiteral la ofrenda existencial de Jesús, puesta en acción en la última Cena y llevada a cabo en el Calvario. La Eucaristía reclama del sacerdote que se deje envolver personalmente en el dinamismo de esta ofrenda.

No es posible, si queremos tener un corazón sacerdotal como el de Cristo, vivir la Eucaristía de modo formalista y no es necesario buscar ninguna espiritualidad particular para evitar el formalismo. Sigue en esto, querido hijo, el consejo de San Carlos Borromeo a sus sacerdotes: “Si celebras la Misa, medita lo que ofreces”. Celebra tu Misa con gran humildad. Esto evita gestos y actitudes llamativas y singulares, porque quien está actuando es Cristo y tú no eres más que un pobre instrumento a su servicio. No olvides que la humildad te abre el acceso a la caridad, al amor servicial a todos. Desaparece tú y cede el primer plano a Cristo Mediador. Esto hace ver la misericordia y el amor de Cristo y de ahí nace el dinamismo espiritual y apostólico. La Iglesia nace de la Eucaristía y toda tu acción pastoral tendrá su fuente en ella.

Ser fiel a la celebración gustosa de la Eucaristía es asegurar que el ministerio sacerdotal que estrenas hoy, querido Jorge Luis,

mantendrá siempre la frescura y la lozanía de tus primeros pasos en el servicio del Señor.

Confía tu ilusión y tu acción de gracias de este día a María Santísima, que Ella sea tu maestra para aprender a guardar todas estas cosas en tu corazón.